

del sepulcro, y expuso á su bienaventurado Padre todo el estado de su alma. Sólo Dios sabe lo que pasó en esta sublime confidencia, y con qué inefables consuelos hizo el Santo Obispo conocer á la Madre de Chantal que la había oído; pero cuando la volvieron á ver las Hermanas, notaron que estaba radiante y como transfigurada.



CAPÍTULO XXII

La venerable Madre de Chantal queda sola á la cabeza de la Orden, y se muestra digna de esta sublime misión. Organización definitiva de la Orden.

—
1623—1624

HARTO conocía la venerable Madre de Chantal la gran responsabilidad que le imponía la muerte de San Francisco de Sales; pero contando sobre todo con Dios para llevarle, y confiando en las luces de su Santo director, á quien creía Santo y gozando ya de Dios, tomó su determinación, llevándola á debido efecto con aquella firmeza que le era peculiar. Continuar la obra del bienaventurado, defenderla contra todos los enemigos de fuera, protegerla contra los más peligrosos de dentro, haciendo respetar las reglas y desarrollando su espíritu de dulzura y fortaleza; impedir, propagándola, el que se debilitase: esto es lo que se juró á sí misma cumplir, después de la muerte de San Francisco de Sales.

«¡Viva Jesús!—escribía algunos días después á la Madre de Chastelluz—y que para siempre este santo nombre sea bendecido en nuestras tribulaciones, á fin de que la grandeza de nuestros dolores sea un perfume agradable para su Divina Majestad. ¡Oh hija mía, cuán grande y pesado es el golpe, pero cuán dulce y paternal

es la mano que lo ha dado! Por lo cual la beso y la amo con todo mi corazón, bajando mi cabeza y humillando todo mi corazón á su santísima voluntad, que amo y reverencio con todas mis fuerzas. No me queda qué desear en esta vida sino ver á nuestros monasterios en la entera, perfecta y amorosa observancia de todas las cosas que este bienaventurado y dulce Padre nos ha dejado. Es menester emprender esto, mi muy querida hija, y hacer que lo hagan todas nuestras queridas Hermanas; pero dulce y suavemente, porque, sobre todo, es menester que este espíritu de suavidad brille entre nosotras.»

Este fué, en efecto, el fin que se propuso la Madre de Chantal, y para acabar su historia necesitamos explicar con qué sabias y profundas combinaciones, por qué medios enérgicos, y sobre todo, con qué admirables virtudes llegó á alcanzarle.

Mucho había que hacer para ello. Ciertamente que las bases generales del Instituto estaban ya trazadas, escritas las reglas y Constituciones, pero faltaban mil detalles, y en su consecuencia, se establecían en cada monasterio una porción de costumbres diferentes unas de otras, y que á la larga hubieran comprometido la unidad del Instituto. Sin duda que éste se hallaba, al parecer, sólidamente establecido, pues contaba ya trece casas; pero á excepción de tres ó cuatro, estas casas eran pobres, escasas de personal, mal asentadas aún, expuestas, por lo tanto, á perecer si por casualidad las faltaba de repente la firme dirección que hasta entonces las había sostenido. Verdad es que se preparaban muchas fundaciones; que más de veinte ciudades pedían Hijas de Santa María; pero precisamente este era un nuevo peligro, porque era muy de temer se debilitase y enervase la Orden, por decirlo así, extendiéndola demasiado y con tanta rapidez. Felizmente, Dios, que había dotado á la Madre de Chantal de talento, de buen

juicio y de un espíritu varonil, y que le había concedido el juntar á estos dones tan singulares una profunda experiencia y una santidad grande, iba á darle aún diecinueve años de una hermosa y fuerte vejez, tiempo más que suficiente á una mujer de su temple para evitar todos estos peligros é imprimir el sello de la perfección al Instituto naciente.

Estos diecinueve años, tan útiles para la Orden de la Visitación, no debían serlo menos para la gloria de la Santa. En efecto; no habiendo obrado hasta entonces sino por orden y bajo la dirección de San Francisco de Sales, y esto ocultándose todo lo posible para que sólo apareciese el Santo Obispo, la Madre de Chantal no había tenido ocasión de mostrar en todo su brillo los grandes talentos con que Dios la había dotado. Sola ahora, á la cabeza de sus trece casas, que aumentará hasta ochenta, vamos á verla desplegar todas las cualidades propias de los fundadores de Ordenes; unir más que nunca la fuerza á la dulzura, el ardor á la paciencia, la viveza y la seguridad de la mirada al vigor de la ejecución: un talento lleno de recursos al tacto más exquisito en la dirección de las almas; provocar unánimes aplausos, menos aún por sus cualidades extraordinarias que por sus virtudes sublimes; marchar de ovación en ovación, y siempre humilde en medio de sus triunfos; fuerte y magnánima más que nunca; creciendo todos los días en gracias y en méritos, entrar en la tercera fase de su existencia, y después de haber encantado al mundo en su juventud, después de haberle admirado por la virilidad de su edad madura, seducirle y arrancarle aplausos entusiastas por la fecundidad de su vejez.

Los primeros meses que siguieron á su llegada á Anecy, los empleó la Madre de Chantal en preparar á las sagradas reliquias de su Santo director un sepulcro digno de él; en recoger y poner en orden los papeles del

Santo Obispo, las cartas, los sermones, las obras inéditas y cuanto podía hacerle conocer mejor, y tal vez servir algún día para su canonización. En estas ocupaciones pasó hasta el mes de Mayo, época en la cual había resuelto ejecutar un acto que había de resonar profundamente en toda la Orden.

Se acercaba la Ascensión, que en aquel año caía el 25 de Mayo. Las reglas de la Visitación mandan que el sábado después de la Ascensión, las Superioras que hayan ejercido el cargo tres años seguidos, renuncien solemnemente á él, esperando que la comunidad las vuelva á elegir, si lo juzga conveniente, por otros tres años, que es lo que la regla permite, colocándose entretanto en el último lugar, á fin de aprender otra vez á practicar la obediencia. Pero hasta entonces no había querido San Francisco de Sales que la Santa se sometiese á esta regla, y desde que la Orden existía, siempre había estado en el cargo de Superiora, habiendo sido reelegida cada tres años sin haberle dejado nunca. Tal vez, si la Madre de Chantal no hubiese consultado más que á la prudencia, habría titubeado en mudar lo que hasta entonces se había hecho; los tiempos eran muy críticos, acababa de morir el Fundador, la obra estaba aún muy reciente, y parecía necesario que la autoridad, esta necesidad de las cosas que principian, quedase concentrada en las manos de la Fundadora. Pero la virtud tiene temeridades que el cielo bendice. Después de las más profundas y maduras reflexiones, la Madre de Chantal se decidió á someterse á este punto de la regla como á todos los demás.

En su consecuencia, el 27 de Mayo, estando todas las Hermanas solemnemente reunidas en la capilla, y en presencia del Preósito, Sr. de Sales, que hacía las veces del Ilmo. Sr. D. Juan Francisco de Sales, la Madre de Chantal se puso de rodillas, y declaró que renunciaba toda su autoridad, conforme á lo que man-

dan las reglas de la Visitación. Esto fué como un rayo, porque nadie lo esperaba, ni el Superior ni las Hermanas. Pero la Santa hizo este acto con tanta firmeza y con aire tan resuelto, que nadie se atrevió á resistir. La dimisión fué aceptada, el gobierno entregado en manos de la Asistente, y la elección aplazada para el jueves siguiente, 1.º de Junio. Las Hermanas tenían cuatro días para tomar su determinación. La Madre de Chantal fué, conforme á la regla, á ponerse en el último lugar. «Nuestras Hermanas estaban más afligidas que lo que yo puedo expresar—escribe la Madre de la Croix;—en cuanto á mí, el velo de novicia me tenía en silencio; no hacía más que admirar á esta bendita Madre, que estaba más humilde que nadie en su último lugar, haciendo sus ceremonias de coro y rectorio conmigo, sentándose en los bancos de abajo en la recreación entre nosotras, recibiendo de rodillas las advertencias que se hacían á la mayor parte de las Hermanas, diciendo sus culpas, pidiendo sus pequeñas licencias de salir, ó de escribir y hablar, según sus necesidades, llevando la vista enteramente baja fuera de lo necesario, y no queriendo mezclarse en nada, sino en obedecer. Una vez la Hermana portera le trajo un paquete de cartas que le dirigían; pero habiendo visto la palabra Superiora, le dejó más pronto que si fuera fuego, diciendo que era menester entregarlo á la Hermana Asistente, encargada por entonces del gobierno de la comunidad» (1).

El día 1.º de Junio se reunió en la capilla toda la comunidad, y habiendo recogido los votos, resultó elegida *Superiora perpetua* la Madre de Chantal. Entonces llegó el turno á la Santa de quedarse muda y confusa; pero, sin embargo, no se desconcertó, renunció al ins-

(1) *Proceso de canonización*, manuscrito de la Madre de la Croix tomo II, pág. 510.

tante á esta elección, declarando que era nula y de ningún valor, contraria á las reglas y Constituciones de la Orden, y que jamás haría ninguna cosa en este concepto. En vano protestaron las Hermanas antiguas que habían sabido por boca del mismo bienaventurado era su voluntad que mientras ella viviera fuese Superiora y Madre del monasterio de Annecy, rehusó enérgicamente, diciendo que si aún viviese el bienaventurado, le expondría tales razones, que alcanzaría no ser Superiora perpetua; fué menester resolverse y elegirla Superiora por sólo tres años.

Todos estos hechos, omitidos por la Madre de Chaugy, consignados en muchas Memorias contemporáneas é inéditas, referidos incompleta é inexactamente por el Sr. de Maupas, por el Abate Marsollier y demás historiadores, los cuenta la misma Madre de Chantal en una carta que hemos tenido la felicidad de encontrar, y en la que brilla demasiado su humildad para que dejemos de manifestarla á nuestros lectores. Está dirigida á la Madre de Blonay. «Quisiera tener tiempo para deciros la sorpresa que di á nuestras Hermanas cuando dejé el cargo. Yo no les había dicho ni una palabra, y creían que sólo se iba á proceder á la elección (1). Nunca se ha visto mayor admiración, pero yo me detuve en esto, y seguí mi regla. Luego tuvieron consejo entre sí sin decirme nada, y determinaron que, ya que habían cometido la falta de no oponerse á este acto, declararían en la elección que no admitían mi renuncia, y me elegirían por Superiora perpetuamente. Yo, que no sabía nada de esto, me quedé admirada cuando el Superior lo dijo en alta voz. Acepté el cargo, no perpetuamente, sino según la regla. Después traté de hacerlas conocer su falta, pero no hubo medio de

(1) Aquí se ve cómo se hacían las cosas cuando vivía San Francisco de Sales. De tres en tres años se elegía á la Madre de Chantal, pero no se la deponía del cargo.

persuadirlas que habían hecho mal; al contrario, estaban avergonzadas de no haberse opuesto en el momento: decían que yo no era Superiora como las demás, que me reconocían por esto y por lo otro, y otras mil bobadas; que no era la intención de Su Ilustrísima que yo fuese depuesta, sino elegida; que otros monasterios me querrían elegir por Superiora, lo cual no permitirían ellas jamás. En fin, si yo fuese su Fundadora ó persona de algún valer, no podrían decir más. Os suplico que penséis si debo hacer aún alguna cosa respecto á este asunto, á fin de que no se puedan sacar malas consecuencias para otros monasterios, porque por nada en el mundo se deben herir las reglas del Instituto» (1).

Apenas fué reelegida, viendo que tenía tres años para trabajar, y queriendo—como decía—que estos tres años hiciesen época en la Orden, la Madre de Chantal se decidió á emprender inmediatamente una obra muy difícil, pero sumamente importante, destinada á concluir la organización del Instituto que San Francisco de Sales no había tenido tiempo de terminar. Después de su muerte se halló entre sus papeles una multitud de notas y escritos, en latín y en francés, concernientes á la Visitación. Eran apuntes relativos á ciertas costumbres que las circunstancias habían hecho establecer en Annecy, y que el Santo quería reunir y coordinar para que se adoptasen en todas partes; fórmulas para los votos, y el borrador de un ceremonial para las tomas de hábito y profesiones, elecciones y modo de renunciar las Superiores á sus cargos; un calendario de las fiestas que habían de guardarse, especialmente

(1) *Proceso de canonización*, parte compulsorial, folio 271. Se ve que el señor de Maupas estaba mal informado cuando dice que el capítulo de Annecy, temiendo que la humildad de la Madre de Chantal la hiciese dejar el gobierno, la había, antes de su llegada, elegido Superiora perpetua. (*Vida de la Madre de Chantal*, pág. 200.) Las Hermanas no la eligieron Superiora perpetua sino en su presencia, y no pensaron en ello hasta después de su dimisión.

en la Visitación, y rúbricas para la recitación del Oficio divino; por último, una especie de manual de piedad para religiosas, es decir, de ejercicios de fe, elevaciones del corazón para cada uno de los actos del día; pero todo esto mezclado, sin orden ni concierto, como un trabajo incompleto y sin concluir. Había también entre estos papeles algunos de la Madre de Chantal, anotados al margen por el Santo Obispo; piedras esparcidas de un monumento que la muerte no había permitido acabar.

La Santa determinó revisar y coordinar todas estas notas; pero lo primero que hizo por humildad, y también con el objeto de que esta obra tuviese la mayor autoridad posible, fué reunir en Annecy á las primeras religiosas de la Orden, las cuales, habiendo conocido más íntimamente á San Francisco de Sales, debían ser las más fieles intérpretes de su pensamiento. Las que pudieron venir á esta Junta, fueron: la Madre María Jacobina Favre, Superiora del monasterio de Dijón; la Madre de Brechard, Superiora de Riom; la Madre de Chatel, Superiora de Grenoble; la Madre de Beaumont, Superiora de París; la Madre de Mouxy, Superiora de Belley, y la Madre de Compays, Superiora de Montferrand. También se unieron á éstas la Hermana María Margarita Michel, Asistente de Annecy, y la Hermana Adriana Fichet, Asistente de Chambéry, así como las cuatro consiliarias del monasterio de Annecy. De las primeras religiosas de la Visitación faltaban dos; la Madre de la Roche, que estaba enferma, y la Madre de Blonay que había sido imposible de arrebatarse, ni aun por pocos días, á la veneración y al amor que le tenían los lyoneses. «Más fácil sería—decían ellos—que el sol cesase de lucir, que ver salir de Lyon á la Madre de Blonay.» La Madre de Chantal, que sabía la mucha confianza que San Francisco de Sales había tenido con su querida Hija, no pudo resolverse á dejar de oír su

dictamen; y aunque había tres días de jornada de Annecy á Lyon, y no había otro medio de comunicarse sino enviando un propio expresamente, no permitió se decidiese cuestión ninguna sin haber sabido por cartas el parecer de la Madre de Blonay. Se consultó también al Sr. D. Miguel Favre, que había sido tantos años confesor de San Francisco de Sales, y que lo era todavía de la Madre de Chantal y del monasterio de Annecy, así como al Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra, siu cuya aprobación y autoridad nada se quiso resolver.

Una sola seglar asistió á esta reunión, y fué la Condesa de Dalet. La Madre de Chantal, que la tenía por el talento más ilustrado, el juicio más sólido y el alma más pura y cándida que jamás había conocido, y que decía que si hubiese estado libre la hubiese tenido siempre en Annecy para aprovecharse de sus sabios consejos, encargó á la Madre de Compays, Superiora de Montferrand, que la trajese consigo. La señora de Dalet se mostró digna de semejante favor. Estaba entre todas estas Madres como si hubiese sido criada de ellas, y el resto del tiempo le pasaba de rodillas delante del sepulcro de San Francisco de Sales. Hubiera querido permanecer allí toda su vida, y si no hubiese tenido que atender á sus cuatro hijos pequeños, no se hubiera separado nunca de aquel lugar. «¡Ah!—decía—este venerable difunto tiene una palabra viva y eficaz para animar á las almas (1).»

La junta principió en el mes de Mayo, y la Madre de Chantal fué el alma de esta asamblea, pero no me atreveré á decir que la presidió. Estuvo entre las Hermanas con una humildad, una modestia y un olvido de sí misma, que á todas las tenía encantadas. Al discutirse cada punto, exponía las ideas y opiniones de San

(1) *Vida de las venerables Viudas Ana Teresa de Prechoanet, Condesa de Dalet, cap. XII.*

Francisco de Sales, sin decir ni una sola palabra de sí misma, de sus pensamientos y su voluntad. Y rogándole las Hermanas que procediese como Superiora y fundadora: «No—decía,—pero toda vez que me lo permitis, estaré entre vosotras como la hermana mayor de la familia, que ha estado y comunicado con el Padre más tiempo que las otras.»

En cuanto se terminó de este modo la redacción del *Costumbrero* en capítulo solemne, y bajo la dirección de la Santa, ésta le tomó en sus manos y se dirigió á la capilla, seguida de todas las primeras religiosas de la Visitación que habían asistido al capítulo, y poniendo el cuadernito sobre el sepulcro de San Francisco de Sales, hizo que las Hermanas se pusiesen en oración, y rogó al Santo Fundador que borrarse toda idea, toda palabra que fuese contraria á sus intenciones. Un sentimiento inexplicable de paz inundó el corazón de todas las Hermanas, como si Dios les hubiese asegurado por sí mismo que todo lo que en él se había escrito era conforme á la voluntad de San Francisco de Sales, con lo cual se levantaron consoladas y gozosas.

El libro es, en efecto, del Santo Obispo; su dulce carácter brilla en todas sus páginas. No son sólo sus ideas, sino hasta el encanto mismo de sus expresiones; ese no sé qué de gracioso y balsámico que á él sólo pertenece. La Madre de Chantal, no obstante, lleva la pluma, y se ve en una porción de páginas un estilo muy diferente; el estilo firme, preciso, algo imperativo, exento enteramente de comparaciones, que es el verdadero estilo de la Santa, y del que daremos pronto algunos ejemplos.

Al salir de la capilla se juntó todo el capítulo, y se leyó el *Costumbrero* desde el principio hasta el fin en presencia de las Hermanas, y concluída la lectura no hubo más que una voz en la junta: «Esta es verdaderamente—decían—la dirección, documentos espirituales y costumbres que nos han sido dadas y dejadas por

nuestro bienaventurado Padre y Fundador, de feliz memoria, el Ilmo. Sr. Francisco de Sales.» Las Hermanas levantaron acta, á fin de hacerlo saber «á todas las que están y estuvieren en la Visitación», y la santa Madre de Chantal les envió el libro del *Costumbrero*, con una carta en que rogaba á todas las Hermanas, por el respeto que tenían á la memoria de San Francisco de Sales, que observasen estas costumbres del mismo modo que observaban las reglas y Constituciones (1).

Así concluyó y se arregló la legislación del nuevo Instituto. Está contenida en tres libros: *La regla de San Agustín*, traducida al francés por San Francisco de Sales; las *Constituciones*, formadas por el Santo Obispo para explicar esta regla y adaptarla al fin que se proponía, y por último, el *Costumbrero*, redactado por la Madre de Chantal y las primeras religiosas de la Visitación sobre las notas del Santo Fundador. Es una colección completa, y como ya hemos visto, una de las más notables legislaciones monásticas y de las más profundamente marcadas con ese espíritu de fortaleza y dulzura, de moderación y de buen sentido práctico que es el bien perfecto de todas las cosas.

Concluída esta obra, emprendió la Madre de Chantal otra que no era menos importante para lo porvenir de la Orden. Tomó la pluma y escribió el famoso *Comentario de las reglas de la Visitación*, conocido con el nombre de *Respuestas de nuestra santa Madre*. Decimos mal que le escribió, porque nunca escribió nada. Su genio práctico la inclinaba á los negocios y de ninguna manera á la escritura. No sabía ni aun hablar, cuando no se le proponían cuestiones ni preguntas (2); pero entonces

(1) *Costumbrero y directorio para las Hermanas religiosas de la Visitación de Santa María*. Se ha dado á luz recientemente una magnífica edición en 4.º, Annecy, 1850. A la cabeza está la carta de la Madre de Chantal. El acta capitular está en la pág. 249.

(2) «Hijas mías, nada tengo que deciros, si no me proponéis algunas